

BABEL

REVISTA DE REVISTAS

Sólo lo mejor de cuanto se publica

Dirige: ENRIQUE ESPINOZA

SUMARIO

LEOPOLDO LUGONES	La Raza.—El gran equívoco
FERNANDO ORTIZ	¿Raza o cultura?
BENJAMIN JARNES	Raza, grillete
CARLOS PEREYRA	Rutas de América
LUIS DE ZULUETA	Raíz y frutos
FRANZ BOAS	Migraciones históricas
JULIAN HUXLEY	El concepto de raza
LEON PAUL FARGUE	Del Antisemitismo
GEORGE E. SACHS	Rilke en España
A. HERNANDEZ CATA	La palabra muerta
GABRIELA MISTRAL	Un mito americano de Chile
W. H. HUDSON	El caballo y el hombre

CHILE
Precio: \$ 1.00

NASCIMENTO

ARGENTINA
Precio: \$ 0.20

SUMARIO DEL N.º 1

(MAYO)

JEAN GUEHENNO	La fiesta de Hércules
LEWIS MUMFORD	El poder de lo patológico
LUIS ARAQUISTAIN	Retrato de Hitler
J. EDWARDS BELLO	Juicios extranjeros sobre Chile
ANDRE GIDE	Jef Last, poeta holandés
JEF LAST	Dos fragmentos de un discurso en Madrid
EMIL LUDWIG	Postscriptum a Mussolini
DIEGO RIVERA	Programa de lucha o de adaptación
B. SANIN CANO	¿Quién es mi prójimo?
EDMUND WILSON	Stalin como icono
IGNACIO SILONE	Un recuerdo infantil
HORACIO QUIROGA	Los Precursores

SUMARIO DEL N.º 2

(JUNIO)

ALBERT EINSTEIN	La unidad de la vida
PAUL VALERY	América, proyección del espíritu europeo
THOMAS MANN	La guerra como solución desesperada
STEPHEN SPENDER	El punto de vista moderno
T. NAVARRO TOMAS	Miguel Hernández, poeta campesino
MIGUEL HERNANDEZ	El niño yuntero
JORGE SANTAYANA	Paganismo
ALFRED KERR	Recordando a Walther Rathenau
ALBERTO GERCHUNOFF	Carrión de los Condes
A. SERRANO PLAJA	El genio de España
ERNST TOLLER	Hábil interrogatorio
ERNESTO MONTENEGRO	El escritor y el pueblo
LEON TROTSKY	Krúpskaia ha muerto
BALDOMERO LILLO	La cruz de Salomón

SUMARIO DEL N.º 3

(JULIO)

ENRIQUE HEINE	El Evangelio y la Filosofía
MARCEL PRENANT	La Revolución Francesa en el mundo
J. C. MARDRUS	Misión del escritor
P. DRIEU LA ROCHELLE	El escritor y el político
ANDRE CHAMSON	Recuerdo de "La Comuna"
ADOLFO SALAZAR	Notas sobre la Revolución Francesa
MANUEL ROJAS	El espíritu revolucionario
M. PICON-SALAS	Americanismo y autoctonismo
PAUL MORAND	Los franceses y la Argentina
E. MARTINEZ ESTRADA	Leer y escribir
CARLOS VICUÑA	Semblanza de un maestro
PAUL GROUSSAC	Pascua sangrienta

BABEL

REVISTA DE REVISTAS. — APARECE EL 1.º DE CADA MES

Dirige: ENRIQUE ESPINOZA

Editor y distribuidor: LIBRERIA Y EDITORIAL NASCIMENTO

SANTIAGO + N.º 6 + OCTUBRE 1939 + CHILE

LA RAZA - EL GRAN EQUIVOCO

POR LEOPOLDO LUGONES

De La Vida Literaria

DECLARAR que un país en formación, mediante la concurrencia de "todos los hombres del mundo", invitados por él mismo, pertenece a la raza de otro, sólo porque éste fué su primer poblador, y celebrarlo como una excelencia, es un acto de vasallaje, una ofensa a los compatriotas de distinto origen, así puestos en condición inferior; y un estado de ánimo extranjero, porque significa en puridad el reconocimiento de una metrópoli. Tan indudablemente, que los mismos "racistas" designan a España con la fórmula colonial de "Madre Patria". El español no es mejor que otros muchos; y su desempeño en esta tierra, cuando ella perteneció a su rey, fué tan intolerable, que nuestros padres hubieron de expulsarlo a la fuerza. Basta atenerse a la letra del Himno y al juicio de hombres tan rectos como Rivadavia y San Martín, que fueron hijos de españoles. No hay, pues, motivo de predi-

lección, ni tenemos como declararnos de una raza que hasta hoy mismo no ha logrado su unidad; puesto que en su propio territorio, la rechazan colectividades tan importantes como la catalana y la vascuence. Estos son, como se ve, hechos y no opiniones.

La República Argentina no pertenece a ninguna raza, por la sencilla razón de que está formándose con la concurrencia de los hombres del mundo que ella misma ha llamado. Y para todo argentino digno de su Nación, no hay ni puede haber otra "Madre Patria" que ella. Esta es la verdad interjiversable, que resplandecerá y se impondrá como ella misma. Pues a medida que pasa el tiempo, su formación será más propia, y más ajena, por lo mismo a la influencia de esta o aquella gente. El prejuicio de la raza es una antigualla y un extranjerismo. Y es también una falsedad, porque, fuera de los mismos españoles, nadie se

siente aquí español. Ni siquiera por el idioma, que todos consideramos tan nacional como nuestra propia tierra. Pues mediante la victoria los hicimos nuestros, al hacernos, sin condominio ni limitación, dueños de nosotros mismos.

La ascendencia hispánica nos satisface y enorgullece. Queremos a España con particular afecto; pero sin olvidar que somos tan extranjeros allá, como los españoles en la República Argentina. La exageración metafórica que afirma lo contrario, es dañosa como todo lo excesivo. Jamás realizaremos nada útil si continuamos engañándonos con ella. Ningún argentino quiere que su país sea una nueva España. Lo desea, al contrario, más argentino cada vez, es decir, más y más distinto de cual-

¡Oh cuánto, cuánto se ha abusado en materia de hispanoamericanismo militante! Se ha abusado de la Historia, abominando de la emancipación y asegurando que América sueña con entregarse otra vez en brazos de España. Se ha abusado de la Geografía, insistiendo—para sacar no sé qué consecuencias vergonzosas—en la fragosidad de las sierras americanas, en el fuego tropical, en los ardientes volcanes, en las selvas vírgenes, la hamaca y el abanico de palma. Se ha abusado de la Zoología con todo aquello del león y de los cachorros, y con lo del consabido Pelicano que se arranca las entrañas para alimentar a su cría. Se ha abusado de la Fisiología, acudiendo una y otra vez a la imagen de la madre que agota sus senos amamantando al hijo, o preguntándose, como en cierta canción de Pastora Imperio, si la sangre que corre por nuestras venas será la de Carmen la Cigarrera. Se ha abusado de la Filología, repitiendo con el poeta:

quier otro. Cualquier argentino que sea de pura sangre española, como yo, se sentirá mucho más próximo a otro argentino hijo de ingleses, alemanes, italianos o rusos que a un español de España. Este es otro hecho capital, excluyente de la raza cuyo elogio inspira tanto discurso floribundo.

Es que esos oradores tratan en vano de quitar a la emancipación su profunda trascendencia. Aquélla no fué, como pretenden, una guerra civil, sino esta cosa augusta y enorme: la fundación de la Patria. No de otra España, sino de la República Argentina, única y exclusivamente argentina, que ama a España y que debe amarla, pero con la alteza, muy española, de sentirse igual por ser quien es.

—“Entre tus dones heredé tu lengua,— y nunca la usaré para insultarte”,— siendo así que la comunidad de la lengua es condición propicia al insulto y que, en efecto, durante el siglo XIX, España y América han mantenido una activa y solícita correspondencia de insultos, como es doloroso reconocer. Se ha abusado de la Biblia, diciendo que América es el Hijo Pródigo, o que España es la misma encarnación del Eclesiastés. Se ha abusado de la Ilíada, asegurando que Hernán Cortés era un simple “Héctor matador de hombres” y Moctezuma un “Agamemnon que manda en lejanas tierras...” Y no se ha dicho a todo esto, lo único que había que decir: que América es muy distinta de España, pero que es en la tierra lo que más se parece a España; que donde todos hablan ya en francés o en inglés, sólo nosotros nos hemos quedado hablando español.

Alfonso Reyes.—Los dos caminos.

RAZA O CULTURA

POR FERNANDO ORTIZ

De Revista Bimestre Cubana

HAY conceptos muy llevados y traídos, a veces hasta la vulgaridad, que perjudican la buena, íntima y fecunda relación espiritual entre todos los pueblos hispánicos. Tales son:

Los conceptos políticos, así internos como internacionales, que suelen, consciente e inconscientemente, implicarse en las propagandas hispánicas. Los pueblos que hablamos castellano tenemos constituciones escritas y tradicionales muy distintas, intereses internacionales muy complejos y posiciones políticas permanentes o transitorias muy diversas, y, en ocasiones, hasta antitéticas. Olvidarlo es un error tan grave como frecuente.

Dañan también los “utopismos” de los idealistas, que por fuerza de su ensoñación o por afán de estridencia, desearían arrastrar las corrientes hispanistas por torrenteras y despeñaderos a remansos y mares que sólo son espejismos.

Perturban lo mismo las, más alardeadas que ciertas, aspiraciones hegemónicas de un pueblo o grupo sobre otro, que aun cuando limitadas a lo espiritual, hieren la susceptibilidad patriótica, santamente exacerbada, de las naciones de América, para las cuales la hiperestesia de su patriotismo es a veces necesaria, obligadas como están a una continua vela de armas contra toda fuerza que sea o aparezca como debilitadora de su integridad espiritual.

Las ideas “religiosas” o “antirreligiosas”, por desventura, se han entretreído a menudo con los conceptos de pura substancia hispánica. El mundo hispánico comprende confesiones muy distintas y posturas filosóficas individuales muy acentuadas, todas muy respetables y armonizables en un concepto supremo de cultura hispánica. Toda restricción en este sentido ha llevado a veces fatalmente a considerar el hispanismo como el encubrimiento de un proselitismo confesional, con las serias e inevitables repercusiones reactivas que no es difícil imaginar, en detrimento del acervo hispánico.

Las ideas “racistas” son, al igual, contraproducentes. El concepto de raza, que es el más sobado y de mayor ingenuidad aparente, es también, sin duda, muy perjudicial. Ante todo, porque es falso. No hay una raza hispánica, ni siquiera española. Y menos en América, donde conviven las razas más disímiles, con tal intensidad numérica que en no pocas Repúblicas no es la que pudiera decirse raza hispánica la predominante. El racismo hispánico es tan nocivo en nuestros países de América como puede serlo el “racismo negro” o el “racismo indio” y aun el “nórdico” o anglosajón, que también agitan algunos en aquellas tierras.

El racismo divide y es disociador no sólo desde un punto de vista universal, que ahora no interesa tanto, sino

también desde una mira estrictamente nacional, allá donde, como en nuestras Repúblicas, la nacionalidad necesita robustecerse por la creciente integración patriótica de todos sus complejísimos factores raciales.

Pero entonces, preguntaréis: ¿Cómo se podrá significar el arca de ese positivo acervo de esencias espirituales que a todos los hispánicos nos corresponde en común? Fácilmente. Pensemos en que lo realmente nuestro, lo que nos pertenece troncalmente a todos, es "una misma cultura", aunque de matices variados, y en que lo único que puede vincularnos unos a otros en el porvenir para nobles y puras actividades no

es sino "la cultura" en su sentido más comprensivo y supremo, sin las coloraciones parciales de tal o cual política, religión, escuela o raza.

Claro está que la voz "raza" ha sido adoptada a falta de otra absolutamente precisa para significar esa comunidad espiritual que nos une y agrupa, a veces aun en contra de nuestra premeditada voluntad, a todos los que hablamos el más bello de los lenguajes; pero ¿es que no hay otra mejor, sin vernos obligados a crear y dar acepciones sociográficas equívocas a palabras que deben ser de pura etnografía? ¿No es preferible el vocablo "cultura"?

RAZA, GRILLETE

POR BENJAMÍN JARNÉS

De "1928". La Habana

EL concepto de raza se nutre de cadáveres: Por eso, preferentemente, lo defiende el hombre de las cavernas. El concepto de raza se nutre de materiales históricos casi siempre de derribo, no de sustancias vivas: Por eso lo defienden—en primer término—los que viven, y se limitan a vivir, de lo heredado. Y en vez de negociar sus talentos, los entierran, plantan encima esas flores naturales de falsa poesía, regadas opulentamente por la inagotable cretinidad.

La raza está ahí, detrás de nosotros, sujetándonos el pie. Como nos lo sujetan todas las fuerzas oscuras de la vida. Esta o la otra raza no puede ser

para dos pueblos una gloria común: la raza es un grillete. Remar juntos, haber remado juntos—en una galera, en una cuna—no puede conducir a nada que no sea embriagarse también juntos, al llegar al puerto. Lazos de sangre no atan inteligencias, las enturbian. Sólo aquellos que desdennan—que temen—el libre vuelo del pensamiento, recuerdan enternecidos la doméstica docilidad del corazón.

Ni España ni la América de habla española, si pretenden vivir armónicamente la vida de la inteligencia—única posible entre ambas—se pueden contentar con hincarse de hinojos ante un tálamo común, muy discutible, además,

después de tanto injerto. Una cuna será todo lo "sagrada" que gusten los innumerables devotos de la desusada retórica "entrañable", pero en nuestro lenguaje de hoy—tan leal como aséptico—una cuna es, sencillamente, una estación—la primera—en la sinuosa carretera vital. Es condenarse a prisión perpetua emocional, acumular ternura inútil sobre una cuna—símbolo de algo animal, primitivo—donde el hombre y la bestia apenas se distinguen: Una cuna es, al fin, un cubil mejor aderezado. Es condenarse a un sacrificio infecundo, amontonar cariños sobre algo tan eventual, tan poco voluntario y querido, como una cuna. Mejor es repartirlos entre todas las estaciones del trayecto vital, encauzarlas preferentemente hacia las futuras "estaciones", que son estímulos, mientras las pasadas suelen no ser sino remordimientos, testimonios lamentables de nuestra endeble calidad de viajeros.

Hablar de raza es hablar de algo vegetal, remoto, oscuro, impreciso: concepto que sólo puede satisfacer a la grey impersonal, removida siempre—y únicamente—por razones ajenas a la razón, que ni siquiera el corazón suele conocer; que ya no puede satisfacer al considerable número de gentes sólo capaces de ser removidas—en España y en América—por estímulos del espíritu, por el progresivo y armónico refinamiento intelectual, por la cultura.

* * *

Cada lazo vegetal nos reduce un poco más el horizonte del espíritu. Quizá sólo una sucesión de oportunos des-

arraigos sea capaz de abrirnos plenamente los ojos a la franca serenidad—normalidad—de la mente. A la sed de mutua comprensión, de una mutua comprensión que comienza a ser posible por la comunidad de idioma y acaba—puede acabar—realizándose por la diversidad de pupilas, alertas cada una frente a un aspecto de la riqueza actual—material y del espíritu—de América y de España.

Entre América y España—¿por qué no ahincar bien en esto la atención?—sólo puede existir ya un amor platónico. Es decir, esencialmente comprensivo y alto. El instrumento de comprensión es refinado por la cultura en perpetua inquietud. Cultura es eso, no cierta capacidad de exhumación de registros civiles, no cierta sed pertinaz de seguir excavando. Agilidad para instalarse en el rico mundo espiritual de hoy, para atisbar el mundo de mañana, no para remedar a la mujer de Lot.

Y la cuna—La raza—es cierta voz doliente que invita al retroceso. La cuna como todo lo que despierta emociones tan impregnadas de animalidad, es la raíz de todas las incomprensiones, porque lo es de todos los partidismos, de todos los odios. Este concepto uterino del hispanoamericanismo sólo puede ser aprovechable por el fosilizado cultivador de la España tradicional, por ese acartonado filisteo que lleva los ojos en la nuca.

La tradición sólo puede servirnos de estímulo para rectificar sus errores. No como lección, porque la historia nunca fué maestra de nada y menos de la vida. La tradición es un museo donde el espíritu normal copia lo más apro-

vechable. Y donde el genio lo deforma, y deformándolo, lo recrea, lo inventa.

"La raza—ha dicho Fernando Ortiz— es concepto estático, la cultura lo es dinámico. La raza es un hecho. La cultura es, además, una fuerza".

Exacto. La raza es un hecho. Y no hay por qué tender los brazos hacia un hecho, hacia la afirmación de un hecho. Creo más útil movilizar los ímpetus aprovechables de este resto de lo que pudiéramos llamar **emoción hispano-americana**, hacia la forja de hechos nuevos. Lo demás sería algo así como pasarnos la vida demostrando la autenticidad de nuestros apellidos. (Siempre creí que no podremos llamarnos verdaderamente cultos, mientras nuestro primer impulso, al sentir nuestra existen-

cia, no sea avergonzarnos de algún antepasado. O de todos).

En cambio, si podemos estilizar, refinar cada vez más nuestra máquina mental, cuyo producto es la cultura. Apenas tiene sentido entre América y nosotros la voz **hermanos**. Más sentido podría tener—repito—la de **amantes platónicos**, es decir, atraídos, no enlazados, por algo sutil, tampoco muy bien definido, pero siempre de linaje excelso: por la cultura. Es bien cierto que en estas disquisiciones sobre la voz **cultura**, muy pocos se dan exacta cuenta de su verdadera significación. No importa: Basta con sentirla vivamente.

"Una cultura puede atraer; una raza, no"—añade Fernando Ortiz.—Esta es, creemos, la suprema razón. La raza limita, como todo lo que procede de la carne; la cultura ensancha el mundo del espíritu: único mundo capaz de contenernos juntos, a América y España.

No. No se trata de una fraternidad de sangre. Por mi parte, os aseguro que jamás he sentido en esa forma mi afección por América. Al contrario: la raza, como motivo de unión entre pueblos, me parece un resto atávico de barbarie, una solidaridad de lucha contra las razas ajenas; un aspecto de xenofobia, análogo al que suele desvirtuar en casi todos los países el nombre mismo de patria, convirtiéndolo en pasión de mesnaderos afiliados bajo un mismo caudillaje para fines de hostilidad; o al que desvirtúa también la idea diplomática de bandera, retornándola a su originaria derivación de "bando", grupo de luchadores que se segregan de la comunidad. Me atrevo a afirmar que la civilización consiste en

la victoria progresiva de la idea de humanidad contra la de raza. La primera es integradora; la segunda, disgregadora. No hay peor separatismo que el propio concepto de raza. Y sería el más paradójico de los contrasentidos declarar extinguido el separatismo de las antiguas colonias españolas y proclamar en cambio, una solidaridad de raza española no fundada en ninguna comunidad de fines espirituales. Las colonias españolas se separaron inspiradas por un ideal generoso: la libertad. Pues bien: sólo una comunidad en los ideales de libertad debe volver a unir las.

Gabriel Alomar.—La raza espiritual contra el racismo materialista.

RUTAS DE AMERICA

POR CARLOS PEREYRA

De Orientaciones

LAS conquistas de América se consumaron por hombres salidos de España, pero que todo lo aprendieron en América. Las expediciones más brillantes de la península fracasaron, y de su dispersión salieron los jefes, capitanes y adalides que por sí mismos hicieron las distintas fundaciones. Así, Cortés, pudo escribir a Carlos V que todas sus empresas se habían concluido "sin ser ayudado de cosa alguna, antes muy estorbado". Vasco Núñez de Balboa fué al istmo escondiéndose en una embarcación. Ojeda, Pizarro, Almagro, Valdivia, Martínez de Irala, Soto, Belalcázar, Jiménez de Quesada, en América arbitraron los recursos que les permitieron hacer las travesías marítimas y continentales, las guerras y las fundaciones. El pan cazabe, el maíz, los cerdos y los caballos de las estancias antillanas e ístmicas formaron la base económica de las Conquistas. Buenos Aires nació de una generación de esfuerzos paraguayos. El Perú se conquistó desde Panamá, y las poblaciones chilenas de Valdivia fueron hijas del Perú. El indio proporcionó las tropas de todas las expediciones.

¿Cómo pueden no ser americanos esos hombres? Cortés cumplió los veinte años en la isla española, y cuando salió de Cuba para ir a México, ya nada tenía de español peninsular, sino el afecto a sus padres. Pedro Cieza de León era un niño de trece años cuando em-

pezó los estudios en la Universidad Libre del Atlántico. Lo mismo Juan de Castellanos, cuyo nacimiento en Alanís fué sorpresa histórica, pues todo el mundo le creía neogranadino. Hernando de Soto y Sebastián de Belalcázar eran adolescentes. Bernal Díaz del Castillo no llegaba a los veinte años cuando se embarcó. Si Jiménez de Quesada pasaba de los treinta y cinco y llevaba un título de letrado al alistarse en la armada que organizó Pedro Fernández de Lugo, y si Alvar Núñez Cabeza de Vaca pertenecía a la misma profesión, aun cuando los impulsos podían venirle de su abuelo, Pedro Vera, conquistador de la Gran Canaria, uno y otro utilizaron más la experiencia de los que les habían precedido en América que los conocimientos adquiridos en aulas y tribunales. Si Martínez de Irala era ya un hombre macizo, y Pedro de Valdivia había militado en Italia, esto no les impidió eliminar todo lo que en su formación fuera incompatible con las nuevas condiciones. Martínez de Irala tuvo tanto de paraguayo como Solano López, y Valdivia era un chileno de pies a cabeza. Aun los que llegaban viejos, como Pedrarias Dávila y el Demonio de los Andes, se adherían a la tierra y parecían impregnarse de sus jugos enloquecedores. No querían otra vida ni otra muerte.

Descubridores, navieros, comerciantes, agricultores, ganaderos, eran en Amé-

rica todo lo que no habían sido ni hubieran tenido esperanzas de ser en España, por falta de ocasión y de espacio. Don Carlos Bosque ha calculado los centenares de Ebro que podrían vaciarse en el río de la Plata. La patria estaba en América, tanto más cuanto que no existiendo la desvinculación espiritual y política entre la Península y las tierras del Nuevo Mundo, con su pretensión justificada de creadores no cortaban lazos de lealtad. Pero formaban otra corriente, de tal amplitud y fuerza, que no pudo confundirse más con la metropolitana. La Independencia

cia nació con la Conquista. Y es de notar que tuvo expresión en una literatura, de valor universal, como los hechos mismos que narra Cortés con sus *Cartas de Relación*; Bernal Díaz del Castillo, con su libro, que sería único si no existiera el de Muntaner; Cieza de León, Agustín de Zárate, Garcilazo, Ruy Díaz de Guzmán, Valdivia, o su secretario Cardeña; Alvar Núñez, Oviedo, Las Casas y cincuenta más que no podría mencionar, atestiguan lo que el hecho vale cuando el arte se ve obligado a reflejar su luz.

RAIZ Y FRUTOS

POR LUIS DE ZULUETA

De Revista Iberoamericana

CADA día me parece más evidente la tesis de que el arte colonial, ya sea el barroco preponderante, ya el de los otros estilos, no es, como con frecuencia se ha supuesto, un arte puramente español.

Es español, sí, en su fundamento y traza general. Probablemente, el arquitecto, el pintor, el tallista o el orfebre, creían ejecutar sus obras dentro de los más netos cánones peninsulares y europeos. Pero el arte es, en parte, hijo del ambiente y aquí la fuerte cepa del arte hispánico evolucionaba, se transformaba de manera casi insensible, ofrecía formas, modalidades, matices típicamente americanos, de suerte que, aun-

que la raíz siguiera siendo española, los frutos tenían ya sabor del Nuevo Mundo.

En el libro de Guillermo Hernández de Alba, *Teatro del arte colonial*, encuentro datos sumamente interesantes para confirmar, en uno de sus fundamentales aspectos, esa evolución de los estilos españoles en tierras de América. Me refiero a la participación de los indígenas en la labor artística.

Ya en los comienzos del siglo XVII aparece en la Nueva Granada un Bartolomé de Figueroa, "pintor indio de las provincias del Perú", quien sin duda formó en su taller a otros artistas aborígenes, pues Hernández de Alba

ha hallado en Pamplona un contrato de 4 de diciembre de 1617, celebrado ante el capitán don Francisco de Rojas, Alcalde ordinario, por el cual se compromete el mentado Figueroa a enseñar el arte de la pintura a otro indio, llamado Salvador, durante el espacio de dos años, dándole el necesario sustento al discípulo y "sin le encubrir cosa ninguna" de tan noble oficio.

Había, pues, en el siglo XVII, maestros, talleres y alumnos aborígenes, artistas que, si bien educados en los modelos y normas estéticas procedentes de Europa, por fuerza habían de expresar en sus obras algo del íntimo sentir de su tierra y de su raza.

En esta colaboración de dos pueblos, de dos mundos, se desarrolla el arte colonial. Aquí mismo, en la estancia en que escribo, tengo ante la vista dos objetos que resumen toda una lección de historia y de estética. El uno es una orza de barro, una vasija de la primitiva alfarería indígena. El otro es una pintura encuadrada en un marco de madera, tallado probablemente a fines del siglo XVII. Pues bien: el mismo motivo ornamental, una orna decorativa y geométrica, estilización del rombo, aparece en la vasija y reaparece en el marco.

Usted sabe el valor que concedo al lenguaje; muchísimo más que a la raza. En rigor apenas sabemos nada claro respecto a razas; por lo que hace a las lenguas es más fácil saber a qué atenerse. Se piensa con palabras y mientras dos o más pueblos conserven un mismo idioma, pensarán en el fondo lo mismo, sean cuales fueran las diferencias aparentes. Con razón hablan

¿No se encontraría por ese camino una explicación de ciertos problemas que el arte colonial plantea? Hay en Popayán, como en Bogotá o en Tunja, como en Quinto, interiores de iglesias, tallas y muebles, decorados espléndidamente en rojo y en oro, como las lacas chinas, que evocan en el ánimo del hijo del Viejo Mundo vagas reminiscencias del lejano Oriente. ¿Cómo interpretar debidamente esta nota de "orientalismo", realmente seductora, que con frecuencia se observa en el barroco de la Colonia?

Y lo que decimos del arte, podría también de toda la vida colonial.

"Y la vieja vida española...", que cantaba Rubén Darío. Sí y no. La Colonia era España y no era España. Don Lope, don Pedro, don Gil, los de las "barbadas testas y fina espada de Toledo"... al respirar la atmósfera de América, iban adaptándose y cambiando, de generación en generación, hasta producir una sociedad—ya distinta de la del solar hispano—en la que la vieja vida española se estilizaba en una nueva vida americana. Un nuevo tipo se esbozaba, y en la barbada testa, fiel todavía al Rey de las Españas, empezaban a germinar las semillas de una espiritual independencia...

los anglosajones de the english-speaking folk, del pueblo que habla inglés, y dicen que la sangre es más espesa que el océano, aludiendo a su comunidad. Y dicen bien al decirlo, aunque un antropólogo niegue lo de la consanguinidad; porque la sangre del espíritu es el idioma.

Unamuno.—En carta al Dr. Pulido.

MIGRACIONES HISTORICAS

POR FRANZ BOAS

De Mundo al día

TODO lo que se conoce de la historia de la humanidad denota una constante migración. Durante el período glacial, los severos cambios climáticos obligaron al hombre a abandonar las regiones heladas. La disecación del Asia Central empujóle hacia distritos distantes, en Europa y el Asia meridional. Del Asia, el hombre se trasladó a América y ocupó el Nuevo Mundo del extremo Norte al extremo Sur, pasando de la zona ártica a la templada, a los trópicos, y yendo tan lejos que hasta alcanzó el inhospitalario cabo meridional de la América del Sur. Los negros de la región superior del Nilo cubrieron la mayor parte de Sudáfrica. Probablemente mucho más tarde los malayos atravesaron en toda su amplitud los océanos Indico y Pacífico, llegando hasta Madagascar.

Hasta la distribución de las lenguas modernas indica la inestabilidad del hombre, puesto que la diseminación de las lenguas requiere un contacto personal entre los pueblos. En América, el nativo de Nueva México habla un idioma estrechamente emparentado con el de Alaska. El lenguaje de los caribes es hablado en el sur del Brasil y en las Indias Occidentales. Rusia cobija hoy en día a muchas tribus que hablan idiomas fínicos, lo que indica una reciente expansión de los rusos hacia el este. En los tiempos medioevales el árabe llegó a ser el lenguaje dominante del Africa septentrional. Todas esas mi-

graciones originaron una mezcla de tribus. La historia de España ofrece un buen ejemplo de ello. En época remota la península fué habitada por los iberos. Luego los fenicios fundaron sus colonias en la costa. Más tarde los celtas de la Galia arribaron en número elevado, mezclándose con los nativos. Fueron seguidos por los colonizadores romanos, los cuales romanizaron todo el país. Vino luego la migración de los godos, los cuales dominaron la península por un largo tiempo. Durante el gran período mahometano, los moros conquistaron una buena parte de España, estableciéndose en ella y mezclándose con los nativos. En aquel entonces numerosos judíos vivían acá y allá, y se mezclaron con esos otros tipos. La grandeza de España floreció en un tiempo en que la mezcla de pueblos se encontraba en su apogeo.

En otras partes de Europa las condiciones han sido similares. Alemania, particularmente, fué siempre la escena de migraciones: de norte a sur, de este a oeste, y viceversa, multitudes de hombres pasaron sobre su suelo. La asimilación de elementos eslavos orientales, mediante la colonización, fué una fase posterior del proceso de mezcla. Lo que se observa ahora es el resultado de esos acontecimientos históricos.

Hasta la estructura corporal del ser humano de períodos anteriores atestiguan la importancia de remotas migraciones. Inglaterra fué una vez habita-

da por un pueblo caracterizado por cabezas largas y estrechas. Luego vino un pueblo en el cual predominaba la cabeza ancha y redonda, y que trajo consigo una diferente civilización. Ese tipo desapareció, siendo reemplazado por el blondo europeo del norte, el cual ocupó la mayor parte del país. Tan sólo en Gales y en varios otros distritos hallamos tipos que sugieren los de Portugal. En Noruega, considerada de ordinario como un país puramente noroeste-europeo, el sur está habitado por gente de diferente tipo de piel y cabello más oscuro y de una estructura física distinta. En América encontramos un tipo de nativo que se presenta esporádicamente desde México hasta la California septentrional.

Cuando la tierra volvióse propiedad privada, ya sea del libre aldeano, ya del amo cuyos siervos estaban ligados a su propiedad, desarrollóse una vida sedentaria. Desde entonces, se han desenvuelto tipos locales más definidos; todos ellos están basados, empero, en las

mezclas raciales formadas durante el período migratorio.

En una región en que la propiedad de la tierra es transmitida de padres a hijos y en que la esposa es elegida en el mismo lugar, tipos locales pronunciados pueden llegar a desarrollarse gracias a la entrecruza, por más que las diferencias entre los ascendientes se harán sentir todavía en los individuos que componen cada familia.

Estamos demasiado inclinados a suponer que si todos los individuos de semejante grupo son similares con respecto al color de su cabello y de sus ojos, y a la estructura física, ellos deben ser similares en todos los otros órdenes también. Esto dista mucho de ser el caso; los atributos físicos del cuerpo no están tan íntimamente ligados entre sí como para ser heredados en masa. Por el contrario, el estudio de la herencia muestra que la forma física nunca es heredada como un todo, sino que las características de una larga línea de ascendientes reaparecen en combinaciones siempre nuevas.

EL CONCEPTO DE LA RAZA

POR JULIÁN HUXLEY

De Harper's Magazine

LA raza y sus problemas desempeñan hoy un papel importante en el escenario político del mundo. Pero el concepto de raza tal como lo emplea el político y en muchos casos hasta el antropólogo, es un producto de la era pre-Mendeliana. ¿Qué piensa al respecto la genética moderna, ese niño pro-

digio de las ciencias biológicas? ¿Sigue siendo para ella lo que fué, modifica sus características o tiende a esfumarse en la nada? ¿Tendremos que borrar al fin la palabra raza de toda expresión científica o exacta? Se trata de interrogantes de la mayor urgencia en los asuntos nacionales e internacionales.

Con la más buena voluntad del mundo es imposible en el estado actual de los conocimientos desligar la genética de los factores del ambiente en materia de "rasgos raciales", "carácter nacional" y asuntos por el estilo. Estas frases se usan hoy con facundia. En realidad, carecen de todo significado desde que no tienen definición exacta. Por lo demás, hasta donde es posible atribuirles alguno, la conjetura común de que son por entero o en gran parte de naturaleza permanente o genética, no tiene base.

No quisiera ser mal interpretado. Es claro que deben existir diferencias genéticas innatas entre los grupos humanos en lo que se refiere a la inteligencia, temperamento y otros rasgos psicológicos. Existen diferencias genéticas en los caracteres físicos y hay razones para creer que también existen diferencias similares en los caracteres psíquicos. Sin embargo, en primer lugar, esto no quiere decir que las diferencias mentales tengan mucho que ver con las físicas; que una piel oscura, por ejemplo, indique automáticamente una tendencia hacia la poca inteligencia o un temperamento irresponsable. En segundo lugar, se debe suponer que las diferencias mentales sean como las físicas, cuestiones relativas a condiciones generales y a proporcionalidad de tipos; por tanto, en toda clase social o grupo étnico habrá una gran diferencia cuantitativa y una gran diversidad cualitativa de los caracteres mentales y los diferentes grupos se sobrepondrán unos u otros fácilmente. Por último, y quizá lo más importante de todo, es que no existen medios para discriminar lo que corresponde a la constitución gené-

tica y al ambiente en las observadas diferencias de tipo.

Todas las pruebas que poseemos demuestran que la expresión de dichos caracteres mentales depende en alto grado del ambiente social. Tomemos en primer término el llamado "carácter nacional". Hubo un tiempo en que Inglaterra recibía el nombre de "merry" (alegre); pero durante el siglo XIX este epíteto no venía ya al caso. En la época isabelina los ingleses fueron considerados como uno de los pueblos más musicales de Europa; lo contrario es lo que se acepta generalmente para la época victoriana. También, como anota sagazmente Hume en su "Ensayo sobre los caracteres nacionales" los españoles fueron en los primeros tiempos inquietos y guerreros; mientras que en sus días y un poco antes, el reverso era la verdad.

¿Se debía esto a la alteración de los factores genéticos o a la influencia del paso de la atmósfera social del Renacimiento a la del naciente industrialismo? La respuesta social es aquí la más adecuada. En otros casos es decididamente la única correcta. Por ejemplo, en la época de Carlyle el "carácter nacional" germano era pacífico, filosófico, musical e individualista. Después de la guerra francoprusiana se hizo arrogante y militarista. Ahora vemos florecer la adoración del Estado, el entusiasmo de masas y otras cosas semejantes, que una vez más suponemos inherentes al carácter alemán. Pero resulta inconcebible para cualquier teoría biológica por más alejada que esté de la genética moderna, aceptar que la constitución inherente al pueblo alemán pudiese cambiar tan rápidamente. Nos ve-

mos, pues, llevados a suponer que el cambio si no ha sido superficial, propio del prejuicio conservador, fué el producto de cambios en la atmósfera social y en las instituciones.

En resumen, el punto de vista científico sobre la "raza" no coincide con el punto de vista común. La palabra "raza" científicamente aplicada a los grupos humanos, pierde toda significación. Es difícil definirla hoy en términos científicos si no es como concepto abstracto, que pudo haberse realizado más o menos bajo condiciones muy distintas a las que ahora prevalecen; y que quizá bajo condiciones totalmente diversas, podrá realizarse en un futu-

¡Abrid nuestras constituciones, nuestro derecho civil! ¡El extranjero no existe! ¡las razas no existen! ¡las clases no existen! La Nación la constituyen actos deliberados del pueblo, representado en asambleas, y hay de sus bases y condiciones constancia escriturada, porque es la inteligencia y la voluntad las que constituyen la asociación y no la tierra ni la sangre.

Si todas nuestras leyes no obedecen a esta ley suprema, es que algo queda de la colonia, de las malas tradiciones antiguas y de los hábitos no regenerados. Todo lo que no es conforme a los principios abstractos, absolutos, en nosotros no es América, en esta o en la otra porción del continente, son restos de otro mundo condenado a desaparecer en el frote diario del pulimento que nuestras ideas e instituciones sufren hasta que la palabra América, desde el Labrador hasta la Tierra del Fuego, despierte en el alma el conjunto armónico de los principios que ella ha proclamado, practicado e introducido en el mundo como móvil de los hechos históricos.

D. F. Sarmiento.—Obras Completas. Tomo XXI.

ro lejano.

A pesar de la obra llevada a cabo por los antropólogos y geneticistas perdura todavía una lamentable confusión entre las ideas de raza, cultura y nación. Claro que los mismos antropólogos no dejan de tener su parte de culpa; de ahí que no haya que sorprenderse con la formidable acumulación de ideas vagas provenientes de los políticos, escritores y público en general. Por todo esto sería de desear que el término raza aplicado a grupos humanos fuera excluido del vocabulario científico.

¿No hemos visto fundarse diarios y escribir libros para propagar la ridícula teoría de que la raza latina tiene una naturaleza diferente y condiciones contrarias a las de la raza germánica, y que por tanto sus intereses y su ventura la fuerzan a buscar el progreso bajo el amparo de los gobiernos absolutos, porque el parlamentario no está a su alcance? ¡A qué esa mentira! Bien sabemos los americanos que el principio fundamental de la monarquía, la base social, religiosa y moral de la Europa es un principio latino, es decir, pagano, anticristiano, el principio de la unidad absoluta del poder que mata al individuo, aniquila sus derechos; pero sabemos también que hoy no existen ni pueden existir, ni en Europa ni en América, la raza latina ni la germánica.

Lo que se ha querido con aquel absurdo es hacernos latinos en política, moral, religión, esto es, anular nuestra personalidad en favor de la unidad de un poder absoluto que domine nuestra conciencia, nuestro pensamiento, nuestra voluntad, y con esto todos los derechos individuales que conquistamos en nuestra revolución; para esto se ha inventado la teoría de las razas.

J. V. Lastarria.—Obras Completas. Tomo VIII.

DEL ANTISEMITISMO

POR LEON-PAUL FARGUE

De Marianne

DESDE hace mucho tiempo me he formulado a mí mismo una posición: ante todo, el hombre, y siempre el hombre, el hombre en sí, el hombre puro. Esta divisa íntima, que me ha permitido comprender mejor y apreciar mejor a los que han nacido conmigo, para mí, que han surgido de la tierra ante mí, en un momento de mi vida, lo he puesto ya, negro sobre blanco, en un antiguo libro: Mi elección está hecha, prefiero los hombres a las obras. Y soy capaz de querer a los hombres por encima de sus acciones. Si alguna vez me desagradó la obra de un hombre que es amigo mío, no dejo por eso de estrecharle la mano, pienso que se ha equivocado, que sufrirá con su error y ha de confesarlo. Y si se me pregunta de dónde saco que es él el equivocado, contestaré que siempre el raciocinio ha incurrido en más faltas que el corazón. Yo era joven aun cuando el padre France decía: "Es necesario, en materia moral, preferir todo a la razón pura... y siempre". Yo era joven aun, pero esta manera de plantear el problema no dejó de producirme un escalofrío, el escalofrío de la revelación.

Hay otra frase que me persigue desde que me asomé el bozo en la ardiente humedad de los liceos. En la célebre trivialidad leibnitziana que todos los acordeones universitarios han desarrollado hasta el infinito: "Los sistemas

son verdaderos en lo que afirman y falsos en lo que niegan". Buscad en el fondo de vuestro oído y hallaréis el murmullo subterráneo de la clase de filo... Si, es bueno que en este momento de nuestro desarrollo mental nos hayan enseñado a distinguir el entusiasmo del odio. El entusiasmo vibra de esperanza, el odio miente.

No se trata de abrir a los judíos un corazón innumerable. Los judíos no valen más ni menos que los católicos, los protestantes, los anabaptistas, los brahmanes, los cabezas-chatas, los niams-niams, los vientres largos o los hombres-sandwichs. Los judíos como todos los hombres, valen su peso de biología y de meditación, de sangre y de glucosas. Lo mismo que usted y yo. Hay excelentes y horribles judíos, como hay deliciosos y horribles angevinos, protestantes rastrosos, beatos bilílicos y sucios, brahmanes que acaban en fakires de lupanar. No veo diferencias de grado entre los hombres, sólo veo diferencias de naturaleza. Tendría que creerme verdaderamente duro, vil y obtuso para exigirme que meta en un mismo saco a Spinoza y Shylock, Heine, Bergson, Einstein y Tannensaft. Libro de la comezón del antisemitismo, puedo querer tranquilamente a Tristán Bernard.

Todos conocen como yo a esos seres cuyo apretón de manos reconforta, cuya vista consuela. Sólo el timbre de

su voz en el teléfono nos equilibra un día de contratiempo por encima del infinito. Estas potencias de carne y sentimiento son los amigos. ¿Que nos importa que sean judíos? Cuando un ser me agrada, "es porque es él, es porque soy yo". Lo acepto, pues, sin exigirle que ponga bajo mis ojos su papeleta de confesión, su certificado de buena conducta, su prontuario judicial, su permiso para cazar, su libreta de ahorros y su colección de sellos postales. ¿Y si se os dejara de querer porque vuestro padre bebía demasiado o porque tuvieráis un lobanillo en la cabeza o los pies planos?

El antisemitismo, para decirlo con Talleyrand, más que una equivocación, es un error, porque se vuelve muy pronto actitud, sistema, snobismo y odio. Me dijeron que se ha visto llegar últimamente a Alsacia muchachos con las mejillas quemadas por cigarrillos anti-judíos. Si es cierto—me gustaría ponerlo en duda—estas cicatrices estarán toda la vida sobre su piel para señalar la brutalidad de la falsa pasión. No se trata de llevar a cabo las bajas sugerencias del humor animal, sino más bien de "elegir". La civilización es propiamente el clima de la elección, de la lucidez. Quemar las mejillas de los niños, es como aspirar los olores de la jungla.

Lo que no se ve bastante cuando se es llevado como por la picazón de un eczema a mezclarse en las guerras de raza o de religión, es que allí uno se pierde como en una selva: se enreda en los árboles. Se olvida que los antisemitas más avisados se encuentran entre los judíos, que ágiles y sutiles, dis-

tinguen perfectamente al judío malo del bueno. Ir contra todos es querer volver a las locuras del Edicto de Nantes, de la Inquisición, y quemarse uno mismo en las bugías, como una mariposa, cansado del progreso; con los horribles recuerdos de las hogueras y de los festines salvajes de Tamerlán, Luis XI o Landru.

El antisemitismo es ineficaz porque es un empeño "contra". Si las naciones ebrias planean por sus excesos una cuestión judía en Europa, es necesario resolverla "por", es decir, en el sentido de la justicia, y no contra ella, rebajándonos, pues el odio rebaja siempre al que lo practica. Las venganzas se autorizan y hasta recomiendan en el orden individual. Es moral vengarse. Un católico tiene el derecho de desear la muerte de un católico, o de un judío o de un protestante que lo ha herido o deshonrado. Pero el conjunto de los católicos, protestantes, ortodoxos, anglicanos o germanos no podría arrogarse el odio y el ridículo de pretender condenar en block o asesinar una raza, una religión o determinadas costumbres. La cuestión judía debe resolverse entre franceses, no entre sectarios. Yo no pido jamás a nadie ninguna confianza. Para mí o se es alguien o no se es nada del todo. Es preciso que el hombre triunfe de sus bajezas, que las naciones se desembaracen de sus fermentos. El antisemitismo es una idea fija como cualquiera otra. Para ese gran nadador, bastardo de cigüeña y de zorro que era el mismo Talleyrand, toda exageración, todo exceso, todo superlativo no eran más que debilidad y mentira.

RAINER MARIA RILKE EN ESPAÑA

POR GEORGE E. SACHS

De la Revista *Hispánica Moderna*

... **A**TRAIDO como por la fuerza irresistible de un imán, Rilke se encaminó desde el castillo de Duino, su residencia en Dalmacia, hacia la tierra prometida, hacia Toledo. ¿Qué fue lo que motivó este viaje? ¿Cómo originó y cómo maduró el proyecto de emprender un peregrinaje a la ciudad del Greco? Según un biógrafo, fué la consecuencia de sesiones espiritistas que se habían celebrado en Duino y en el curso de las cuales el medio le había exhortado que fuese a Toledo. Pero las cartas de Rilke revelan que había acariciado el plan desde hacía tiempo.

El primer contacto entre Rilke y las cosas de España parece que se produjo en el año 1900, cuando leyó el diario de viaje del pintor holandés Josef Israels. En 1903 surge el plan de un viaje a España, motivado probablemente por la profunda impresión que le había hecho Ignacio Zuloaga como pintor y hombre.

En los años que siguen, Rilke mantiene el contacto con la cultura española a través de su amistad con Zuloaga. "Ayer bautizaron al hijo de Zuloaga... Después fui a su estudio, en Montmartre, con 30 ó 40 personas que no conocía... Bailaban y cantaban. Una española cuya esencia fué el canto, cantó la Carmen y canciones españolas en el ritmo de la sangre española; una gitana, con una mantilla negra y multicolor, bailaba bailes españoles. Hubo mucho ambiente en el estudio en que

la gente se estaba apiñando. Zuloaga, todo orgullo y sonrisa radiante, fué simpático y hermoso".

La vista de Toledo del Greco, que Rilke vió en 1908, fué, creo yo, lo que en último término motivó su viaje a esta ciudad. En una carta dirigida a Augusto Rodin describe sus impresiones en esta forma:

Mi querido Rodin:

Vuelvo del Salón donde he pasado una hora ante "Toledo" del Greco. Este paisaje me parece cada vez más asombroso. Es preciso que se lo describa como lo he visto. Voilà:

La tormenta se ha desencadenado y cae bruscamente sobre una ciudad que, sobre la pendiente de una colina, asciende en altura hasta su catedral y más, arriba, hasta su alcázar, cerrado y macizo. Una luz desflecada trabaja la tierra, la remueve, la desmigaja, y hace surgir aquí y allá los prados verde-pálido detrás de los árboles, como insomnios. Una corriente estrecha asoma sin movimiento del conjunto de las colinas y amenaza terriblemente con su azul-negro y nocturno las llamas verdes de las zarzas. La ciudad espantada y en sobresalto se yergue en un esfuerzo último, como para horadar la angustia de la atmósfera.

Sería necesario tener tales sueños.

Quizá me equivoque al entregarme con tanta vehemencia a esta pintura; usted me lo dirá cuando la vea.

Tres años después, en 1911, escribe a la Princesa de Thurn y Taxis:

Sabe usted, Princesa, que tengo deseos de ir a Toledo? Esta noche, de repente, me dio imaginaba, medio soñaba, que nos fuéramos los dos.

Cuando el día de los difuntos del año 1912 llegó a Toledo realizó un sueño: "Nunca podré decir como es aquí —no se le puede describir a nadie". "No estaba equivocado en esperar de Toledo lo más decisivo, algo de suprema importancia para mí: así fué. De día y de noche vivía en cierto asombro aprobador". Su manera de ver y de interpretar la ciudad es la del místico, y por tanto, no nos sorprende que su impresión de Toledo sea significativamente idéntica a la que el Greco inmortalizó en la emocionante vista de la ciudad que hoy se conserva en el Metropolitan Museum de Nueva York.

Rilke resume sus impresiones diciendo que es Toledo "una ciudad del cielo y de la tierra", variación de la frase de Ribadaneira que llama "Señora del cielo y de la tierra" a la Virgen María. "Toledo está en los dos; penetra todo ser. El otro día intenté explicarle a P. diciendo que es una ciudad que existe de igual modo para los ojos de los muertos, como para los de los vivos y los de los ángeles. O un objeto igualmente accesible a los tres modos de ver tan distintos, en el que pueden convergir y armonizar. Le cuesta esfuerzo a esta ciudad incomparable de mantener dentro de sus murallas el paisaje árido, la montaña, la montaña pura, el monte de la aparición. Inmensa es la tierra que surge de ella y que se materializa delante de sus puertas: mundo, creación, cima y abismo, génesis. Este país le hace a uno pensar en un profeta—un profeta que se levanta de la mesa hospitalaria y le da el profetizar en el umbral de la casa: la inmensa visión de brutales apariciones".

Tan fuertes fueron sus impresiones que durante muchas semanas no se sintió atraído por los cuadros del Greco, "tanto estaban allí, dentro, al fondo de todo". Cuando luego estaba en el ánimo de mirar cuadros se sintió conmovido más que por ningún otro por la Asunción de Santa María en la iglesia de San Vicente, a la que volvió repetidas veces y que le emocionó cada vez más que la anterior. Este cuadro es el que motivó la poesía sobre la "Asunción de María" que concibió en los campos de Ronda.

La obra del Greco se confunde con Toledo; "es una hebilla hermosa que sujeta la aparición alrededor de los objetos, un cabochon enorme dans ce terrible et sublime reliquaire".

Poco sabemos de cómo lo impresionaron los monumentos históricos y artísticos. Parece que fué más bien el conjunto de la ciudad lo que le entusiasmaba y algunos detalles menos llamativos que no figuran en el programa tradicional del turista. Le interesan las cadenas de los prisioneros libertados en la iglesia de San Juan de los Reyes. Se pasa horas enteras debajo del Cristóbal sobrenatural en la Catedral. Le apasionan los órganos de donde salen los trombones como arcabuces y ante todo las rejas: "si no hubiera venido aquí, dice, habría dicho toda mi vida "reja, reja", como un burrico, sin tener una idea de lo que es; pero ahora si que lo sé y lo veo soñando". Años después destaca como la experiencia más exquisita de esta temporada el canto de una novena que oyerá en una mísera capilla toledana.

Toledo fué el punto culminante del

viaje. De ahí Rilke se fué a Córdoba sin que de sus estancia en esta ciudad sepamos otra cosa sino que el ambiente islámico le inspirara un "anticristianismo feroz". Lee el Corán y se penetra de su espíritu tal "como el órgano del viento". "Hay aquí una diferencia sin límite, iglesias vacías, iglesias desiertas, capillas que se mueren de hambre".

Tanto se había aferrado Rilke a la idea de una España sombría, grave, casi tétrica, a la idea simbolizada por Toledo, que no realizó el proyectado viaje a Marruecos para que en sus recuerdos "no se cubra de un barniz de luz esa España oscura, roja de barro", y por la misma razón no quería admitir que al lado del símbolo "Toledo" hubo un símbolo "Sevilla", tan eminentemente español el uno como el otro. No nos sorprende, pues que Sevilla fuera una desilusión. "No hubo contacto entre Sevilla y mi persona". Lo único que parece le impresionó fué el Hospicio de la Caridad, donde presencié una escena que luego inmortalizó en su *Trilogía Española*. "En las salas serenas los viejos estaban sentados alrededor del brasero; unos estaban de pie, todos hechos como juguetes; dos estaban en cama, descansando de la vida, como si no les haría falta hacer el esfuerzo de morir. Sobre todas las camas, en el mismo lugar de la cubierta floreada, había uno de esos pálidos pannes españoles, enorme, pacífico en su profusión; recompensa pura, a comer sin el sudor de la frente".

Otra prueba interesante de su incomprensión de todo lo español que a pri-

mera vista no es místico, es el juicio que forma de *Don Quijote*, calificándolo de "pueril".

Huyendo de Sevilla, Rilke buscó refugio en Ronda que en aquella época había empezado a estar en boga. Casi parece que para ser feliz le hacía falta vivir en lo alto de una roca escarpada: Duino, Toledo, Ronda, Muzot atestiguan esa ansia de las altitudes dominantes. "Es una coincidencia dichosa que haya encontrado Ronda que comprende todo lo que anhelo: un lugar españolísimo, amontonado fantástica y muy grandiosamente sobre dos peñascos empinados que la estrecha garganta del Guadiaro separa; el puro aire aromático que sopla a través de valle placenteramente aprovechado para campos, encinas y olivos y que precede de lejanas montañas sugestivas".

En Ronda termina este viaje cuyas repercusiones en la vida del poeta fueron profundas. Todavía nueve años después manda a una amiga suya una poesía que él dice es la interpretación de una misa que oyó cantar en ritmo de baile, con acompañamiento de tambor y de triángulo, a unos niños en un convento de monjas de Ronda. Sería labor de un especialista indagar cómo ese viaje español ha influido en la obra del poeta, especialmente en las elegías del Duino en las que estaba trabajando en España. Rilke, en años posteriores, no se cansa de insistir en el papel importante que tuvo el paisaje de España en su vida, y aun pocos meses antes de morir escribe que con excepción de Rusia y París, "la inagotable", ningún país le ha impresionado como España.

LA PALABRA MUERTA

POR A. HERNÁNDEZ CATÁ

De Sech

CADA día, sin pompa, desaparecen una o varias palabras del mundo vivo y quedan enterradas en los nichos del Diccionario. Por lo común nadie las llora, y sólo de tiempo en tiempo algún filósofo, con frialdad de deudo indirecto obligado a presidir una ceremonia cuyo sentido doloroso no se asimila íntegro, pronuncia o escribe rituales frases durante las exequias.

De esas palabras algunas adquieren, merced a la obstinación de eruditos y pedantes, existencia fantasmagórica, y suele vérselas mezclarse, con empaque de sobrenatural poder, a las palabras vivas en páginas y conversaciones que únicamente a los inocentes producen pasmo; otras, en cambio, después de habérselas extendido esquila mortuoria, se descubre que padecieron sólo postración cataléptica, tras la cual vuelven a llenarse de salud y a ejercer su función entre las voces que sirven a los hombres para relacionarse.

Las palabras son las manos del alma; con las palabras el espíritu realiza sus obras. Y si es un dolor, a la vez patético y abstracto, verlas crucificadas sobre los cuerpos rígidos de los idiomas, exangües, yertas, camino de la sepultura, espectáculo henchido de enseñanzas es seguir las desde la cuna hasta el momento en que, faltas del soplo humano, se truecan en letras casi inorgánicas, a cuyo conjuro nadie evoca una noción, un movimiento, un aspecto.

Hayan nacido en los buenos pañales de la sabiduría, de legítimas nupcias entre el entendimiento y la necesidad, o de fortuitos contubernios; hayan pasado por los trámites de la Gramática o estén manchadas y deformadas de ir por entre plebeyos labios; tengan o no, para circular, el salvoconducto de las Academias y la prosapia de griegas, arábicas o latinas etimologías, las palabras, cuando llegan a vida plena, son todas lo mismo. Estudiar su biología es inclinarse sobre algo de lo más vivo y sutil de la historia del hombre. Cada palabra es un reflejo de acción perdurable. Intrínsecamente la palabra es letra de cambio librada por un cerebro o un corazón para ser pagada, es decir transformada en visión intelectual o sentimental, por otros cerebros y otros corazones. Al poder de emisión ha de corresponder el de recepción, de tal modo que sólo media palabra es de quien la dice: media palabra imposible de completar si quien la escucha no posee la otra mitad, troquel hembra donde se integra el vocablo. Su musicalidad, su alcurnia, su capacidad de retraerse hasta un sentido escueto o de crecer a riesgo de devenir vagas y fofas, constituyen dones otorgados por añadidura.

En verdad, existen en todas las lenguas muy pocos sinónimos: cada voz dice un objeto, un hecho, el matiz único de un idea, de una acción. La torpeza verbal es tan frecuente, que no

es raro oír o leer lo contrario de lo que muchos se expresan por tanteos, aproximadamente, sin llegar casi nunca a la justeza donde el concepto se muestra a la vez ceñido y libre, moldeado bajo la transparencia de la palabra. La palabra que nace del estudio y es construida sobre cimientos de lenguas ilustres y la que surge a modo de chispa del choque cotidiano entre las realidades, son igualmente preciosas; ambas pueden llegar a ser forma inmutable de expresión, cabeza de stirpe. Los adverbios, algunos pronombres, las conjunciones, los artículos, constituyen la argamasa y las bisagras mediante las cuales se articulan las voces de existencia más delicada, y por ello su desaparición es menos frecuente, pues para atrofiarse necesitan de la atrofia previa de sistemas de frases y modos sintácticos; pero los nombres, los verbos, los participios y los adjetivos nacen, viven y mueren con ritmo paralelo a la extensión y hondura culturales de cada país. Y la evolución de las lenguas por su sentido restrictivo o liberal, por su tendencia a encerrarse en fronteras aristocráticas o a incorporar al tesoro del idioma las formas forjadas en las fraguas del pueblo; ora cierran la puerta—con verde recelo de envidia y so capa de nacionalismo—a las voces nacidas en otros países más industriados, ya acojan con generosidad y sin exigirles la adopción de patriótica librea, a las voces que de todos los idiomas se escapan movidas por un anhelo de humanismo eficaz, pueden servir de palinesto, tras cuya apariencia vulgar puede leerse un fragmento, muchas veces conmovedor, de la ascensión del alma colectiva.

Lo dicho presupone la afirmación de que el desarrollo de un idioma depende de circunstancias de carácter político y social a las cuales el concurso científico del filólogo y el artístico del escritor no pueden otorgar apoyo decisivo. La fuerza política de un país, la eficacia de su instrucción pública, su expansión comercial, el progreso de sus ciudades, la fácil comunicación entre los pueblos de sus campiñas, la orientación de sus distracciones, la actividad, en suma, con que en la vida cotidiana actúa el alma al través de los conocimientos abstractos y de su aplicación práctica, mantienen vivo el idioma, y obligan, al mismo tiempo que a adquirir voces nuevas, a reanimar muchas olvidadas. Existen, con respecto a todos los conocimientos, dos modos de posesión: el activo, en el que el sujeto dispone en cualquier instante de los datos, y el pasivo, en el que los datos están dormidos en la mente y necesitan de la reflexión o de la sugerencia ajena, a la cual, como ecos, responden incorporándose para siempre o durante algún tiempo al primer plano de la conciencia. Fruto y signo del intercambio espiritual, la palabra, que no escapa a esta regla, sujétase su condición de valor inútil si su sonido o su forma no despiertan en quienes la oyen o miran el valor contenido en ella. La posición del hombre rico en pensamientos, en visiones y, por lo tanto, en palabras, obligado a vivir en medio ayuno de cultivo espiritual, es la de un viajero que llegara con los bolsillos llenos de monedas a un paraje donde no tuviesen curso. Contra el depauperamiento de ideas, nociones y curiosidades de la colectividad, la acción exce-

siva de un individuo se convierte en monstruoso portentoso estéril. La virtud idiomática de un Quevedo, antaño, y de un Pérez de Ayala, hoy, carece de potencia germinativa, y merma, desde luego, el hechizo a la primera impresión de una lectura en la cual los lectores de tipo medio han de tropezar muchas veces en palabras cuyo sentido desconocen.

¿Quiere decir esto que el escritor ha de rastrear por la incultura ambiente para no ser motejado de presuntuoso ni enfadar a quienes van a buscar a los libros el recreo de una única lectura sólo atenta a las peripecias subalternas? No. No puede el escritor abdicar de su grandeza ni manumitirse de su servidumbre. Ni por él, ni sin él, prospera el lenguaje. El lenguaje es heredad proindivisa, que necesita para cambiar de estado de la aquiescencia de todos sus dueños. En vano el escritor vanidoso sacará del Diccionario para espolvorear su prosa o sus versos vulgares unas cuantas palabras raras. A nadie engañará el pueril alarde, pues la palabra nacida con savia espiritual de la pluma tiene a los ojos del lector ese aire auténtico que nunca adquiere la palabra-cuña, la palabra-oropel. Si el escritor despierta en la mente de su pueblo palabras dormidas hace mucho; si devuelve a las corrompidas o viciadas su fragancia prístina y su uso recto, hace más, si consigue acrecer con lenta eficacia el verbo de sus lectores, no por chaparrón peligroso de voces nuevas, mas por gradual incorporación al habla cotidiana de las peor maltratadas u olvidadas, su labor será óptima. En el tino para llegar hasta el límite entre su superioridad individual

y las posibilidades del pueblo, radica, con respecto al problema lingüístico, la dificultad de resolverlo.

Justo es que los mejor dotados guíen; mas será inútil que intenten llevar en una ascensión repentina, fiados en su prodigiosa agilidad, a la masa grave que para subir necesita de tiempo y de peldaños anchos y próximos. El escritor da voz a las sensaciones, a las aspiraciones, a las ideas, a los ensueños de millares de seres, coetáneos suyos, a quienes la divinidad no otorgó el don de llenar de alma las palabras; el escritor es espejo donde su generación se contempla, y tiene obligaciones trascendentales que no puede dejar de cumplir sin envilecerse. Desligado de esta función social, apenas si puede compararse al malabarista, creador de ilusiones insignificantes. Sus responsabilidades atañen a parte del tesoro humano tan cardinales como el idioma y la sensibilidad. El filólogo trabaja en el laboratorio: es el anatomista; el escritor es el médico. Ha de observar la vida de las palabras, su tendencia a hincharse o a enflaquecer, su higiene, la perfección con que cumplen sus funciones, el ritmo y la armonía, para que el abuso no las hipertrofe ni las atrofe el sedentarismo. Las leyes divinas de la vida y de la muerte no dependerán de él; a pesar de su suficiencia. Una vez, acaso, en la estufa, podrá dar vida a una palabra o desahuciar a otra; mas si aquella medra y ésta sucumbe, es que razones recónditas tomáronlo por instrumento. Si el escritor pudiera transformar por sí solo su lengua, sería un semidios, y ello entrañaría preeminencia excesiva. Ya tiene bastante, en una profesión donde todo concurre a que

esté la vanidad en carne viva, con no dejar de ser un hombre.

Empero, el escritor contribuye en mayor medida que nadie a la conservación y enriquecimiento del idioma, porque la palabra impresa da al hombre, como consecuencia de la idea de que subsistirá cuando él haya pasado, una impresión de autoridad. Mientras con menos frecuencia olvide su papel de agente, entre otros, destinado a cuidar del idioma, más fértiles serán los surcos trazados por su pluma.

El egotismo o la embriaguez del trabajo pueden llevarlo a escribir en una lengua casi extraña a sus compatriotas, y desde el fondo de sus páginas la imagen de Narciso le sonreirá con su gracia infecunda. Quien desentierra palabras o auna en sus páginas las únicamente vivas en rincones diferentes y lejanos visitados por él, y quien por fatuidad pueril siembre en su léxico de pan llevar vocablos cazados en el Diccionario, yerra casi del mismo modo: por falta de esa fuerte humildad, fiel de balanza entre la vanidad y el orgullo. Si no nos es dado obrar milagros, mejor que fingirlos es conformarse con la obra bien hecha. Cuidar con amor las palabras, evitar que se enfermen, y cuando adolezcan atender con el mismo esmero a las ilustres y musicales que a las pobres, a las propias de menesteres modestos. Antes de morir faltas de la corriente vital; antes de disgregarse primero de la memoria y de la subconciencia después, las palabras sufren un período de enfermedad durante el cual permanecen recogidas, olvidadas. Se sabe que existen aún; mas no circulan. Entonces es cuando el practicante de las palabras, el escritor, ha

de multiplicar sus esfuerzos. Un poco de incuria y la falta de circulación determina la podredumbre... Sobre el lecho de desuso la palabra yace sin sangre para moverse, sin nervios para vibrar, sin espíritu que la impela. Apenas si alienta. Está cual los envenenados con opiáceos, postrada en una somnolencia vecina de la muerte. Dejarla dormir es borrar por criminal desidia la frontera entre la catalepsia y el no ser. Es preciso entonces agitarla, golpearla, impedir a todo trance que la modorra llegue a sueño; es necesario reavivar en el alma colectiva los moldes de todas sus acepciones. Y si se llega tarde o se procede con insuficiencia, la palabra destinada a morir por fatalidad invencible, ya no despertará nunca más, ¡nunca más!

De elegir oportunamente ese lapso de curación posible a dejarlo pasar, escritor, orador, poeta, depende el que la energía de tu corazón y de tu cerebro se moldee en palabras vivas o en momias de palabras—Lázaros mal resucitados—junto a las cuales las voces saludables se mustian influenciadas por la proximidad de la muerte.

No existe orgánicamente el grupo hispanoamericano; lo que así se ha llamado no era sino la vinculación política a la metrópoli. Rotas las cadenas que se juntaban en la Casa de contratación, todo punto de contacto en el centro histórico común desapareció provisionalmente, hasta que los mutuos esfuerzos de la Independencia y las relaciones solidarias de la "Vida nueva" crearon los únicos que estén destinados a subsistir.

Paul Groussac.—Del Plata al Niágara.

RECADO SOBRE UN MITO AMERICANO: EL CALEUCHE, DE CHILE

POR GABRIELA MISTRAL

De Repertorio Americano

EN el sur de Chile, donde el mapa pinta con marcha redondeada a Chiloé y su séquito de islas, y más abajo, hasta donde salta el suelo firme de la Patagonia, las aguas son casi todo y la tierra muy poca cosa. Corren no lejos unos ríos grandes que se llaman el Bueno y el Maullín y el mar hace su antojo desmenuzando la Cordillera, dando Archipiélagos que no se cuentan y tajando penínsulas y fiordos. Los espíritus del agua son más que los terrestres y ponen a jaque a chilotes y patagones.

El sol se muestra cuatro meses del año en esos lugares; la niebla da más fantasmas que en cualquiera otra región de la América del Sur, continente frutal y solar; y la bruma llena de engendros disparatados el mar, que en otras partes es tan desnudo y simple.

Quando la noche se cierra completamente como un arca, y se hace tan larga que parece no querer acabar nunca, los viejos y los niños chilotes, o ambos, en turno, cuentan todo lo bien que saben contar viejos y niños la historia de veras del "Caleuche buque de Arte". (Arte-Magia).

El Caleuche es un barco pirata, es decir, un foragido del agua noble, que para cumplir mejor sus aventuras corre millas y millas por debajo de ella,

tan escondido que en semanas y meses se le pierden las trazas y parece que ya se ha muerto o ha dejado por otro el mar de los chilotes. El mar ha pactado con él desde todo tiempo y le cumple el convenio de esconderle al igual de sus madrèporas y sus últimos peces de pesadilla.

Pero de pronto en la noche más sola de aquéllas del sur, el Caleuche saca entero su cuerpo de ballena y corre un buen trecho a ojos vistas, navegando a toda máquina (que las tendrá), casi volando, sin que pueda darle alcance ni barco ballenero ni pobrecita lancha pescadora a los que se les ocurra seguirlo.

Aquello que corre, a la vista de los pescadores locos de miedo, es un cuerpo fosforescente, de proa a popa, sin velas, que de nada le servirían, cuya cubierta pulula de demonios del mar y una tribu de brujos asimilados a ellos. Y el todo, aperos y equipaje, ofrece un aire de festival o de Kermesse, arrancada a la costa, y que va por el mar corriendo a una cita para solemnidad aun mayor.

El motor que lo lleva a velocidad de delfín no hay por donde se le rompa ni le estalle, como que no lo mueven petróleo o alcoholes y habrá salido de la forja submarina y de los metales del mar, y lo conduce "el Arte", ejercida

por un alto comando de hechicería oceánica.

Acérquense un poco los perseguidores de la presa "alumbrada" y antes de que ojeen y cacen el secreto, el palacio ardiendo del Caleuche se para en seco, se apaga como un gran tizón y deja un troncazo muerto, obscura pavesa que flota a la deriva de las olas y chasquea a los que ya pintaban victoria.

El Caleuche puede ser criatura viva por sí misma y puede ser industria suma de los demonios hecha con oro del mar, y cáñamos del mar y azufres del mar, que lo convierten en organismo o fábrica de fuego.

El Caleuche no se puede decir exactamente por no parecerse a otra cosa que... al Caleuche. Puestos en el aprieto de definirlo, tartamudeamos negaciones. No es una ballena, aunque se le parezca en su maña para voltear las barcas de peces, y no es un buque, aunque así lo digan sin otra razón que la de navegar válidamente y siempre.

El Caleuche lleva consigo, pues, la tripulación que dijimos de demonios luminosos y de brujos "de gran arte". De los demonios no se sabe otra cosa que su índole de contraángeles; de los brujos se sabe que llevan la cara vuelta hacia la espalda y la pierna izquierda torcida como la cara y además encogida, caminan la cubierta saltando sobre un pie y son esperpentos para toda la vida.

Ocurre de cuando en cuando que el Caleuche coge hombres de la Costa, ya sea que los rapte o que algún loco salte a su cubierta. Unos y otros son hombres perdidos: al acabar la navegación y tocar tierra, bajarán vueltos de revés como los que se quedaron a bordo, pero

además con la memoria perdida. No sabrán lo que vieron en el "Alumbrado" porque los "del Arte" quieren que su lengua suelta no vaya a entregar lo visto y aprendido. Con lo cual los idiotas pierden lo mejor que consiguieron desde que Dios les hizo, al dejar su memoria en la casa misma del portento.

Una sola hazaña de monstruo bueno se le conoce al Caleuche y es ésta: Alguna vez tomó el amor de su tripulante cristiano y sabiendo su apetito de hijo de Adán por el dinero, le entregó en brulotes el oro que quiso coger de su cala. E hizo más, consistiendo en atracar a tierra, frente a su casa chilota, y dejarlo acarrear los odres hasta su puerta. La familia del servidor del Caleuche enriqueció de pronto y sin causa visible, y el padre siempre esquivó responder a quienes le preguntaron por una riqueza tan brusca y no hacía sino sonreír a lo chilote ladino sin soltar... confesión...

El Caleuche no se acaba y los que navegan en él tampoco parece que se pongan viejos. La brujería de tierra cuenta sus vejstorios, pero las bestias del mar se ven siempre mozas y los "mudados" o "trocados" que lleva el Caleuche, respiran pura ráfaga marina, duermen el día y por la noche corren a la fiesta, y como ella es la marina de la de Ulises, no fatiga ni a demonios-patronos ni a los brujos-serviles.

El Caleuche y los caleuchenos no se casan al llegar a las costas, donde las muchachas casaderas juegan en las dunas o recogen las almejas; ni en Llicaldad, ni en Trren-Trren, ni en Quicari, sus patrias posibles, han robado nunca mozas la gran bestia mora o sus brujos bautizados. Se quedan solteros, al

igual del Doctor Fausto. Y como no tiene mujer ni hijitos, el Caleuche se parece al Judío Errante que sólo lleva el aire a sus costados y la tierra que toma y deja.

Yendo por el mar austral, todos hemos cruzado al Caleuche sin verlo; cada marea del sur tiene gusto y tactos del Caleuche, y el puelche patagón le ha puesto la mano encima, en el momento en que saca el pecho del agua.

Va y viene de vuelta el Caleuche; pero no se sabe hacia dónde navega para ir tan desafortado ni qué encargo cumplió en el final de su viaje, que viene tan rozagante de vuelta. Y si hace el viaje por el viaje, será que como los marineros tomó el amor de la sal y no puede vivir en la tierra, donde nosotros bebemos agua dulce.

Los pescadores que trasnochan mar adentro ven al costero y se lo pierden los que duermen en tierra a pierna suelta; los guardianes de faro de ojos puestos en el mar, lo han visto alguna o muchas veces, según sean ellos lerdos

o milagrosos; los que se quedan trasnochando en cabos o en peñas, se dan el gusto con espanto, de ver al Caleuche astral, gusto que más sirve para contarle que para sentirlo... Un chilote de veras, "vaqueano" de su archipiélago, chilote curtido de salmuera, siempre logra el suceso y llevará toda su vida los ojos encandilados por el barco de luces. Este chilote feliz comprenderá el romance o corrido del Caleuche...

Sobre la mar alumbrada como cosa de otra vida.

Pero los que mejor se saben al Caleuche, aparte de los idiotas que él dejó escupidos en la playa, es lástima que no hablen más; son la gente barquera que el pirata ahogó volteándole la embarcación y que están en el fondo del agua pesada, con la lengua contadora comida de pulpos y los brazos gesteros quebrados por el pez sablista del abismo que llaman pez espada.

EL CABALLO Y EL HOMBRE

POR GUILLERMO ENRIQUE HUDSON

1841-1922

NO hay manera más deliciosa de hacer camino que el andar a caballo. Caminar, remar, andar en bicicleta, son a su modo ejercicios agradables, pero el movimiento muscular y la constante ocupación espiritual que exigen, ocupan la mente casi con exclusión de toda otra cosa; de modo que una lar-

ga caminata puede a veces no ser más que una larga caminata. Andando a caballo no sentimos el ejercicio; en cuanto a la aguda observación y cuidadoso discernimiento que se necesita para atravesar ciertos terrenos con rapidez y seguridad quedan a cargo del fiel sirviente que nos lleva. Hoyos, mon-

tículos, terrenos resbaladizos, las miles pequeñas desigualdades del terreno que deben ser medidas con ojo infalible, nos dan poco quehacer.

En el andar a caballo hay siempre un movimiento regocijante; pero si el paisaje a la vista es encantador, uno parece estar sentado sin moverse, mientras el paisaje, a la manera de un río, fluye hacia y detrás de nosotros, dando siempre lugar a frescas visiones de belleza. Sobre todo, el espíritu queda libre, como cuando uno yace ociosamente en la hierba mirando al cielo. Para mí hay en el andar a caballo algo más que esta inmunidad de la sujeción del entendimiento a que obliga el simple caminar; en el movimiento rítmico, como de vuelo, hay algo que actúa como estímulo sobre el cerebro. Me resulta incomprensible que haya personas que piensan mejor estando quietas, sentadas o de pie, que andando a caballo. Esto se debe seguramente a una temprana costumbre y al largo uso; porque en esas grandes pampas donde yo vi la luz por primera vez y se me enseñó a montar a una tierna edad, llegamos a creer que el hombre es una criatura parásita, destinada por la Naturaleza a ocupar el lomo del caballo, en cuya posición únicamente tiene pleno y libre uso de sus facultades. Posiblemente el gaucho ha nacido con esta idea en la cabeza; si es así, sería razonable suponer que su correlativo existe en una modificación de su estructura. Es perfectamente cierto que un gaucho borracho puesto sobre el lomo de su caballo se mantiene seguro en su silla. Por más que haga el caballo para echar por tierra a su jinete, éste mantendrá con sus piernas—o brazos pos-

teriores como podrían ser llamados con propiedad—la férrea presión, a pesar del cerebro obscurecido.

El gaucho tiene más o menos las piernas arqueadas; y naturalmente, cuanto más arqueadas las tenga, mejor para él en su lucha por la existencia. Separado de su caballo, sus movimientos son torpes, como los de ciertos mamíferos tardígrados de hábitos arbóricos cuando se les saca de sus árboles. El gaucho camina como si fuera un ánade; sus manos piden las riendas; los dedos del pie se vuelven hacia adentro como los del pato. Y aquí tal vez podemos ver por qué los viajeros extranjeros, juzgándole desde su propio punto de vista, le acusan invariablemente de holgazanería. A caballo es el más activo de los hombres. La sufrida paciencia con que el gaucho soporta privaciones que desesperarían a cualquier otro, sus laboriosos días de doma, los largos viajes que hace sin comer ni descansar, parecen a los simples habitantes de la tierra, casi milagrosos. Privadle de su caballo, y no puede hacer nada sino sentarse en el suelo con las piernas cruzadas o en cuclillas. Le habéis cortado los pies, según su propio lenguaje figurado.

En sus primeros años Darwin no parece haber poseído el poder de leer en los hombres con esa milagrosa penetración que lo distinguió siempre en sus investigaciones sobre otros órdenes de seres más bajos. En el "Viaje de un Naturalista", hablando de la pretendida indolencia de los gauchos, cuenta que en un lugar donde había mucha demanda de brazos, viendo un pobre gaucho en actitud inmóvil, le preguntó por qué no trabajaba. La respuesta del hom-

bre fué que "él era demasiado pobre para trabajar!" Mucha sorpresa e hilaridad le causó al filósofo la respuesta, pero no la comprendió. Y sin embargo, para uno que conozca a esos amantes de las frases breves, ¿podía haber algo más claro que esa respuesta? El pobre diablo quería decir simplemente que sus caballos le habían sido robados, cosa corriente en el país, o tal vez, que algún protegido del Gobierno se los había quitado para uso del Estado.

Volviendo al punto de partida, los placeres del andar a caballo no resultan exclusivamente de las agradables sensaciones de un movimiento parecido al vuelo; hay también la noción, dulce en sí misma, de que no sólo nos sostiene una mera máquina ingeniosamente acomodada, como el ficticio caballo de bronce "sobre el que montó el rey de los tártaros", sino algo que tiene vida y movimiento como nosotros, que siente lo que nosotros sentimos, nos comprende y participa profundamente de nuestros placeres. Tomad, por ejemplo, el caballo en que algún tranquilo viejo estanciero está acostumbrado a viajar; cuán sobria y mansamente anda, eligiendo su camino. Pero si lo ponéis en las manos de un vivaz jovenzuelo, veréis cómo se hace de espíritu juguetón. Si los caballos fuesen menos plásticos, más esclavos de la costumbre que lo que son, sería necesario antes de comprar uno, preguntar siempre por el carácter de su dueño.

Cuando yo tenía 13 años me enamoré de un caballo que había visto una vez: una bestia de aspecto indómito, que revolvió turbulentamente sus ojos bajo una nube de negra crin que le cubría la frente. Yo no podía apartar la mi-

rada de esta orgullosa y bella criatura, y ambicionaba con un largo deseo poseerla. Su dueño—que era casualmente un vagabundo indigno—notó mi entusiasmo admiración, y uno o dos días más tarde, habiendo perdido a las cartas todo su dinero, vino a ofrecerme en venta su caballo. Habiendo obtenido el permiso de mi padre, corrí hacia donde estaba el hombre con todo el dinero que yo poseía, unos 30 ó 35 chelines, creo. Después de rezongar un rato, y viendo que no podría conseguir más, aceptó el trato. Mi nueva propiedad me llenó de un goce ilimitado, y yo pasaba el tiempo acariciándolo y llevándolo por el campo en busca de suculentos pastos con que alimentarlo. Estoy seguro que ese caballo me comprendía y me quería, porque a pesar de esa mirada salvaje que sus ojos nunca perdieron del todo, siempre fué conmigo de una singular gentileza. Nunca trató de echarme por tierra, aunque—a mi gran satisfacción, debo confesarlo—sí lo hacía con cualquier otro que se atreviese a montarlo. Tal vez el secreto de su conducta estaba en que odiaba el rebenque. De este ejemplar, si no de la especie, era cierta la célebre descripción: "El caballo es un animal dócil, pero si lo castigáis no lo será". A los nueve años de haberlo comprado, una mañana fuí en él a una yerra en una estancia vecina. Encontré en el lugar a unos treinta o cuarenta gauchos ocupados en marcar el ganado. Era una faena ruda y peligrosa, pero en apariencia no lo suficiente para satisfacer a los hombres; de manera que después de haber marcado un animal y de quitarle los lazos, varios de los gauchos de a caballo trataban, por puro deporte,

de voltearlo atropellándolo furiosamente a la salida del corral. Gozando yo de la escena, mi caballo estaba muy quieto, mirando también atentamente el juego. Al último, largaron un toro que, irguiéndose de la horrible tortura, bajó los cuernos y salió al campo a la disparada. Tres jinetes salieron del montón, uno detrás de otro, y atropellaron al animal a todo correr; uno a uno el toro los gambeteó, escapando sin un rasguño. A esta sazón, mi caballo—posiblemente interpretando un toque casual que yo le hiciera en el pescuezo, o algún movimiento de mi cuerpo como un deseo de entrar en el juego—se echó a correr de pronto y atropelló como un rayo al toro que disparaba, golpeándolo en el medio del cuerpo y arrojándolo al suelo. La bestia golpeada rodó violentamente, mientras mi caballo se quedó parado como piedra, mirándolo. Es raro, pero yo no me caí; y dando vuelta, al galope me volví hacia el grupo de espectadores, los cuales me recibieron con aplausos, única manifestación de este género que he tenido el privilegio de oír. Ellos no podrán saber que mi caballo había realizado la peligrosa proeza sin ser guiado por su jinete. Sin duda había estado acostumbrado a esas cosas, y tal vez por un momento había olvidado que estaba en manos de un nuevo dueño, un dueño de pocos años. Nunca se metió voluntariamente de nuevo en una aventura de esa especie; sabía, supongo, que ya no llevaba a cuestas un infatigable demonio que no miraba por su vida. ¡Pobre Picasso! Fué mío hasta que murió. Después he tenido muchos otros caballos, pero ninguno que yo quisiera como éste.

Entre los gauchos la unión de hombre y animal no es de naturaleza tan íntima como entre los indios de la pampa. Son baratos los caballos en un país donde un hombre que no puede calzarse tiene una tropilla; y la más estrecha amistad encuentra terreno en qué perfeccionarse. Además el indio tiene menos individualidad de carácter. La inmutable naturaleza de las condiciones en que se encuentra y la vida salvaje, que es una caza perpetua, lo ponen más a nivel con la bestia que monta. Y probablemente la sagacidad adquirida por el caballo en una asociación de siglos se ha hecho hereditaria, y tiene algo de la naturaleza del instinto. El caballo indio es más dócil, entiende mejor a su dueño; el más leve toque de la mano en su cuello, que parece haber desarrollado una sensibilidad maravillosa, basta para manejarlo. El gaucho tiene que trabajar para hacer a su caballo de "boca de seda", como él tan propiamente dice; el caballo indio es de buena boca de nacimiento. Ocasionalmente el gaucho duerme sobre el recado; el indio puede morir encima del caballo. En las guerras de frontera uno oye a veces que algún guerrero muerto ha sido encontrado y bajado con dificultad del caballo que lo llevó fuera de la batalla, y alrededor de cuyo cuello sus dedos rígidos se agarraban con la fuerza de la muerte. Aun en el país de los gauchos, sin embargo—donde, lamento decirlo, el caballo no es estimado como lo merece—hay notables ejemplos de equino apego y fidelidad al hombre, y de una amistad de las más estrechas entre caballo y jinete. Referiré sólo una.

Cuando Rosas, ese hombre de "hie-

rrero y sangre", era dictador de la Argentina—posición que ocupó durante un cuarto de siglo—los desertores del Ejército eran inexorablemente fusilados si caían en manos del Gobierno, lo que sucedía generalmente. Pero en mi niñez conocí un desertor, un hombre llamado Santa Ana, que durante siete años, sin casi dejar la vecindad de su casa, consiguió eludir la vigilancia de sus perseguidores gracias a la maravillosa sagacidad y al celo cuidadoso ejercido por su caballo. Cuando descansaba campo afuera—porque rara vez dormía bajo techo—su fiel caballo estaba de guardia. A la primera alarma de hombres montados vistos en el horizonte, corría hacia su dueño, cogía la ropa entre sus dientes y lo levantaba con una vigorosa sacudida. El fugitivo se incorporaba, y en un momento hombre y caballo desaparecían en un denso pajonal de los que abundan en el lugar, donde nadie podía seguirlos. No me queda lugar para decir algo más de este caballo; pero al último, a su debido tiempo, cuando los higos estuvieron maduros—figurada y literalmente, porque fué en el otoño de ese año—la larga tiranía se acabó, Santa Ana pudo salir de los esteros y pajonales, donde había vivido su vida de animal salvaje, viniéndose a alternar con sus semejantes. Yo le conocí algunos años más tarde. Era un hombre de aspecto tosco, callado, y su reputación de honradez no era buena en el lugar; pero yo me atrevo a decir que había en él una parte de bondad.

Los que estudian la naturaleza están familiarizados con los efectos modificadores que producen nuevas condiciones en el hombre o la bestia. To-

mos, por ejemplo, el gaucho: todos los días tiene que atravesar grandes distancias, ver rápidamente, juzgar con prontitud, estar pronto en cualquier momento a hacerles frente al hambre y la fatiga, los violentos cambios de temperatura, y a grandes y repentinos peligros. Estas condiciones lo han hecho diferenciarse ampliamente del campesino de la península; tiene el aguante y la aguda vista del lobo, es fértil en expedientes, pronto en la acción, no le da valor a la vida humana, y es un estoico para el dolor y la derrota. Inquestionablemente, el caballo que monta ha sufrido también un gran cambio. Se diferencia tanto del caballo inglés de caza, por ejemplo, como dos animales de la misma especie pueden diferenciarse entre sí. Nunca machaca la tierra o gasta sus energías en vana aparatosidad. No tiene el inquebrantable coraje que realiza tan brillantes hazañas en el terreno. En la casa maneja con economía todas sus fuerzas, llevando la cabeza gacha, y arrancando el pasto con los cascos, de manera que no es un animal vistoso. El uso constante, o el lento proceso acumulativo de la selección, le ha servido para desarrollar una agudeza de sentido sobrenatural. Los ojos del buitre, con toda la ventaja derivada de la gran altura desde donde el buitre mira la escena, no alcanzan tan lejos como el olfato del caballo de la pampa. Un fenómeno común en las pampas es la repentina emigración de los caballos de un distrito a otro lugar distante. Esto ocurre en las estaciones de sequía, cuando el agua y el pasto escasean o faltan del todo. Los caballos emigran a un distrito donde, debido a lluvias u otras cir-

constancias, hay mayor provisión de bebida y alimento. Una ligera brisa que sople desde la región favorecida, que puede hallarse a cuarenta o cincuenta millas de distancia, basta para hacerlos partir. Con todo, durante los días de pleno verano, poca humedad u olor a pasto puede llegarles de tal distancia.

Otro fenómeno todavía más notable les es familiar a todos los que conocen la vida en las fronteras. Por alguna razón, el caballo del gaucho manifiesta el mayor terror cuando las invasiones de los indios. Sin duda su miedo es en parte, por lo menos, un sentimiento de asociación, porque la venida de los indios ocurre siempre en momentos de conmoción y excitación, barriendo todo el país como una gran ola: las casas están en llamas, las familias huyen y el ganado es llevado a marchas forzadas hacia lugares más seguros. Sea de ello lo que fuere, mucho antes que los merodeadores lleguen a la colonia fronteriza (a menudo, cuando todavía están a una jornada entera de distancia) los caballos reciben la alerta, y llegan al campamento a la disparada: el contagio se comunica en seguida al ganado vacuno, y un pánico general sigue. Los gauchos dicen que los caballos "huelen" a los indios. Creo que tienen razón porque una vez, pasando lejos de un campamento de indios, de donde soplaban el viento, los caballos que iban delante de mí se asustaron de pronto y huyeron, llevándome a unas millas de distancia. La explicación de que las avestruces, venados u otros animales veloces llevados por los del malón pudieran ser la causa del pánico, no es aceptable; los caballos ven fami-

liarmente a esos animales que son cazados por los gauchos muy a menudo.

Hay una linda fábula de un perro y un gato que estaban en una pieza de obscuras, que ilustra pertinentemente la agudeza sensorial respectiva de las dos especies: "¡Oye! ¡Oí caer una pluma!" —dijo el perro. "¡Oh, no!—dijo el gato—era un alfiler; yo lo vi". Se cree comúnmente que el caballo no tiene sentidos tan finos como eso, y se cree que ningún otro animal puede realizar la hazaña del perro que descubre la huella de su amo sobre el pavimento de una ciudad. Sin duda, la vida artificial que viven los caballos en Inglaterra, dándoles poca oportunidad de desplegar muchos de sus más importantes facultades, ha contribuido a emborotarlos. El caballo inglés es una criatura espléndida; pero el noble porte, el arrojo y el inquebrantable coraje que lo distinguen del modesto caballo del desierto, no han sido adquiridos sin una pérdida correspondiente en otras cosas. Andando de noche, el caballo indio—y a veces se encuentra el mismo hábito en el del gaucho—baja su cabeza cada vez más abajo a medida que la obscuridad aumenta, ante el peligro resultante de la presencia de innumerables hoyos ocultos entre el pasto, hasta que su nariz barre el suelo como el hocico del sabueso. Es evidente que este acto es dictado por un poderoso sentido de auto-preservación; porque cuando yo he intentado levantarle la cabeza a la fuerza el animal ha respondido encabritándose y sacándome violentamente las riendas de la mano. Su milagroso olfato mide la exacta posición de cada hoyo invisible, de

cada lugar traicionero, y lo capacita para pasar rápida y seguramente sobre ellos.

En la pampa desierta el gaucho, por una razón que él conoce, llama al puma "el amigo del hombre". El árabe designa así a su caballo; pero en Europa, donde no tenemos mayores relaciones con el caballo, el perro toma naturalmente la parte de preferencia en nuestros afectos. El mayor elogio que se hace hasta ahora del perro es que se le encuentra en el ensayo de Bacon sobre el ateísmo. "Porque tomemos por ejemplo al perro—dice—y observemos qué generosidad y coraje desarrolla cuando se siente apoyado por el hombre, que ocupa para él el lugar de Dios, o de "melior natura"; porque ese coraje no sería posible en esa criatura sin la confianza que le inspira una criatura superior a él". ¿No podremos decir lo mismo del caballo? Los propios caballos que huyen presas del pánico al olor de un malón indio, cuando "los sostiene un hombre" cargan derechamente en medio de los desafortunados salvajes.

Tuve yo un caballo, nacido y criado en el lugar, tan dócil que siempre que yo lo necesitaba podía ir a buscarlo donde pastaba la tropilla, y aunque los otros caballos disparaban al galope él esperaba tranquilamente a que lo tomaran. Saltando a su lomo, iba yo después a arriar la tropilla o me volvía a las casas, sin más freno que mi mano sobre su pescuezo. Yo no lo montaba a menudo, porque era lerdo y haragán; pero era el favorito de las mujeres y los niños; también se le usaba con frecuencia en trabajos agrícolas; yo podía cazar desde su lomo. En la esta-

ción de los durazos recorría la plantación recogiendo la fruta, que le gustaba mucho; sacudía los árboles con su cuerpo, y hacía caer una lluvia de durazos. Una noche muy oscura volvía a casa en este caballo. Venía yo por un camino alambrado a los dos lados, de dos millas de largo, y cuando ya estaba casi al final mi caballo se paró en seco de pronto, dando unos cuantos bufidos de terror. Yo no veía más que la profunda obscuridad de la noche, y traté de animarlo a que siguiera adelante. Tocándole el pescuezo noté que su crin estaba mojada del repentino sudor producido por el miedo. El rebenque no le hacía nada. Siguió retrocediendo, fijos los ojos—aparentemente—en algún objeto horripilante; temblaba tanto que me movía a mí en el recado. Varias veces trató de dar vuelta y disparar, pero yo estaba decidido a no aflojar, y continué la lucha. De pronto, cuando ya desesperaba yo de llegar a las casas por ese camino, saltó hacia adelante, y atropelló al objeto para mí invisible; en otro momento, cuando en apariencia la había pasado, agarrando la pierna del freno, voló, por así decir, sobre el camino, y fué a pararse a la puerta de mi casa. Al bajarme, su terror había pasado, pero tenía la cabeza agachada, como caballo que ha estado todo el día ensillado. Nunca había presenciado yo semejante caso de miedo enloquecedor. Su terror y aprensión eran como me imagino que será el de un hombre que ve un duende en un lugar solitario. Sin embargo, no huyó conmigo a cuestras, como pudo haberlo hecho fácilmente, sino que, encontrándose sostenido por una "naturaleza superior a la

suya", prefirió hacer frente. Nunca encontré en el perro un ejemplo más notable de esta noble especie de coraje. El incidente no me impresionó mucho entonces. Pero cuando vine a reflexionar que mi vista era ceguera comparada con la del caballo, y que sin duda no era su imaginación que vestía de aspecto fantástico un objeto familiar, el caso me impresionó profundamente.

Debo dar fin a mi asunto, en el que, para expresarme como los gauchos, he pasado sobre muchas cosas que como el buen pasto y las hierbas fragantes el caballo al galope huele, pero no puede detenerse a gustar; y en especial debo concluir con el último incidente, que tiene en sí algo melancólico. Primero volvería yo más bien por unos momentos a mi punto de partida—los placeres del andar a caballo—para mencionar una especie de placer de la que mi lector inglés no ha gozado ni oído probablemente jamás. Andando a caballo de noche por las pampas solía yo gozarme en estar echado de espaldas sobre el lomo del caballo, con los pies sobre su cuello. Y en esta posición, que la práctica puede hacer a la vez cómoda y segura, miraba yo el cielo estrellado. Para gozar plenamente de esta manera de cabalgar es necesario un caballo de patas firmes y que tenga perfecta confianza en el que lo monte; y se le debe dirigir rápida y mansamente por un terreno que sea parejo y de buen pasto. Llenadas estas condiciones la sensación es positivamente deliciosa. Nada de lo terreno queda visible; sólo el vasto círculo del firmamento brillando con innumerables estrellas; el apagado sonido de los cascos sobre la hierba suave se convierten para nuestra fantasía en el ruido de las alas de Pegaso,

mientras la encantadora ilusión de recorrer el espacio se apodera de nuestra mente. Por desgracia, sin embargo, este método de cabalgar es impracticable en Inglaterra. Y aunque se encontraran algunos entusiastas que lo practicaran importando ligeros caballos árabes o pampeanos de pata liviana, y se pusieran a andar por nivelados parques en negras noches estrelladas, un clamor de irrisión se levantaría probablemente contra un pasatiempo tan poco digno.

A propósito de dignidad, relataré para concluir, un incidente de mi vida en Londres que puede interesar a los psicólogos. Hace un tiempo en Oxford Street subí al imperial de un ómnibus que iba en dirección al oeste. Mi mente estaba llena de preocupaciones, yo tenía ansias de llegar a casa, y en una forma distraída me irrité debido a la lentitud de la marcha que llevábamos. Todo ello era cosa corriente, la profunda preocupación, la marcha lenta, y la irritación consecuente. El indolente animal que yo me imaginaba estar cabalgando se aprovechaba, como de costumbre, de la abstracción del que lo montaba; pero pronto lo "persuadiría yo debidamente" que no estaba tan ido como para perder de vista la diferencia que hay entre un galope y el paso de paseo. De modo que elevando mi paraguas le di un sonoro golpe al costado del ómnibus, con gran asombro de los demás pasajeros. Tan cubiertos estamos de costumbres, hábitos y "tics" mentales y prácticos propios del suelo en que vivimos que, cuando hemos mudado de habitación, y nos hemos mudado muy lejos, los zarcillos quedan adheridos por mucho tiempo a nosotros todavía.

SUMARIO DEL N.º 4

(AGOSTO)

ANTONIO MACHADO	Alemania o la exageración
ERNEST HEMINGWAY	Apuntes sobre la próxima guerra
LUCIEN BOSSOUTROT	Ansia de un mundo nuevo
B. SANIN CANO	Trescientos millones de víctimas
KURT KERSTEN	Goethe y la Revolución Francesa.
JEAN CASSOU	Examen de conciencia del intelectual
WALDO FRANK	Carta Whitmaniana
J. HUIZINGA	La cooperación intelectual
MARTIN BUBER	Un proceso espiritual.
ALFONSO REYES	Aduana lingüística
MARIO JUAREZ	Un poeta alciónico
LUIS FRANCO	Coplas de gesta.
MALCOLM COWLEY	Frau Marx
JOSE MARTI	En la muerte de Marx

SUMARIO DEL N.º 5

(SEPTIEMBRE)

HENRI BERGSON	Pensamiento y Acción
ROBERT BRIFFAULT	El individuo y la sociedad
ANDRE MALRAUX	La novela y el reportaje
ROBERT FORSYTHE	Yo conocí a Ernst Toller
PAUL ROSENFELD	James Joyce, ¿genio o charlatán?
STEFAN ZWEIG	La rebelión de Tolstoi
F. L. SCHUMAN	Furor teutonicus
SIDNEY HOOK (y otros)	En defensa del pensamiento libre
CATHERINE RADZIWILL	Stalin habla de Hitler
LEON TROTSKY	Una lección recientísima
ARTURO CANCELA	Polémica sorda
D. F. SARMIENTO	El indio Juan Chipaco

BABEL

Suscripción mínima a 12 números en Chile... \$ 10.00
 » a 20 » fuera de » ... \$ 1 oro
 Número suelto en Chile..... \$ 1 m/l.
 Número suelto fuera de Chile..... \$ 0,05 oro

Pedidos de suscripción a la
LIBRERIA Y EDITORIAL NASCIMENTO

AHUMADA 125.—SANTIAGO DE CHILE
 acompañando el importe en giro postal o bancario

BIBLIOTECA SELECTA NASCIMENTO

OBRAS PUBLICADAS

N.º 1. EL HOMBRE EN LA MONTAÑA, novela de Edgardo Garrido Merino. \$	10.—	N.º 23. PRISIONERO DE GUERRA, por Augusto Guzmán.....	12.—
N.º 2. ALGO DE LO QUE HE VISTO, Memorias de Don Crescente Errázuriz.	20.—	N.º 24. EL CACHORRO, por Victor Domingo Silva....	12.—
N.º 3. CASA GRANDE, novela de Luis Orrego Luco....	12.—	N.º 25. EL MONJE POLITICO, por Alejandro Vicuña.....	12.—
N.º 4. MERCEDES URIZAR, novela de Luis Durand..	10.—	N.º 7, 9, 19, 20, 22, 27, 28, 29 y 30 son los tomos IX, X, III, IV, V, XII, XIII, XIV y XV respectivamente de las LEYENDAS Y EPISODIOS CHILENOS, de Aurelio Díaz Meza, c/u.....	12.—
N.º 5. EL MUNDO EN LLAMAS, novela de Boris Shatzky.....	10.—	N.º 31. LA HERENCIA MORAL DE LA FILOSOFIA GRIEGA, por Enrique Molina.....	20.—
N.º 6. EL VALLE DEL SOL, novela de Diómedes de Pereyra.....	\$ 12.—	N.º 32. PASION Y MUERTE DEL CURA DEUSTO, por Augusto d'Halmar...	15.—
N.º 8. MELPOMENE, poemas de Arturo Capdevila.....	10.—	N.º 33. IMAGENES DE CHILE, por M. Picón-Salas y G. Feliú Cruz.....	20.—
N.º 10. HOJAS AL VIENTO, por Diómedes de Pereyra	12.—	N.º 34. CAUCHO, por Diómedes de Pereyra.....	20.—
N.º 11. LA SERPIENTE DE ORO, por Ciro Alegria...	10.—	N.º 35. ORATORIA, por José María Pinedo.....	10.—
N.º 12. DEL CALDERO DEL CHACO, por Aquiles Vergara.....	12.—	N.º 36. MI TIO VENTURA, por Ernesto Montenegro.	10.—
N.º 13. SANGRE DE MESTIZOS, por Augusto Céspedes	10.—	N.º 37. CAMARADA, por Carlos Sepúlveda Leyton....	15.—
N.º 14. SUS MEJORES CUENTOS de A. Hernández Catá.....	20.—	N.º 38. POR LOS VALORES ESPIRITUALES, por Enrique Molina.....	20.—
N.º 15. MEMORIAS DE OCHENTA AÑOS, por Ramón Subercaseaux. 2 tomos.....	25.—	N.º 39. BULA MATARI (Stanley en Africa), por Jacobo Wasserman.....	15.—
N.º 16. LAS DOS ESPAÑAS, por Fidelino de Figueredo	10.—	N.º 40. GOLONDRINA DE INVIERNO, por Victor Domingo Silva.....	12.—
N.º 17. MEMORIAS, por Abdón Cifuentes. 2 tomos..	30.—		
N.º 18. ZOË, por Benjamín Subercaseaux.....	12.—		
N.º 21. NICARAGUA LIRICA, por Augusto Oviedo Reyes.....	15.—		